

Ignacio, sabedores del mucho riesgo que corria su honor en aquel tremendo espectáculo, movieronle á que lo conjurase de alguna manera. El tañido de la campana colegial, el tumultuoso concurso de todos los estudiantes y de todos los noveleros atraidos por la curiosidad, la presencia de los maestros con sus varas, el despojo de las vestiduras y el terrible vapuleo bastaban para que además del dolor pasajero quedase por toda su vida en el vapuleado la mácula de una indeleble deshonra. En otro tiempo Ignacio corriera desalado al peligro, y lo aceptara como una visita del cielo. Pero entonces dióse tal traza, que conjuró el castigo y evitó el ultraje, consiguiendo hasta la humillacion pública de cuantos habian querido á él humillarle.

Hemos contado con espacio todo esto, para que se vea cómo iba uniéndose á la doctrina de Ignacio, cierto carácter práctico y mundano. Indudablemente de tal trasformacion data la doble naturaleza del jesuitismo, doctrina mística si las hay, al par de doctrina mundanal y cortesana. Los piadosos biógrafos de Ignacio, refieren con detenimiento que á cada grande dificultad de su vida, solia poner una condicion al vastísimo plan y proyecto de su compañía, pensado diariamente con una pasmosa premeditacion y un cuidado de las minucias y detalles, verdaderamente increíble. Lo cierto es que las circunstancias exteriores influyen con soberano influjo en una doctrina, la cual se fia por completo de la fuerza, de la organizacion, de lo externo, antes que del ideal. Así la herida de Pamplona le mueve, los libros piadosos le inclinan, el monasterio de Montserrat le exalta, las penitencias de Manresa le fanatizan, la presencia en Jerusalem le enloquece; y llega, subiendo los peldaños de tan mística escala, como á convertirse, por su idealismo, en una especie de sér angélico, superior á las necesidades humanas y compuesto del éter celestial; mas luego, la inquisicion de Toledo, la cárcel de Alcalá, el provisor de Salamanca, la pesada cadena de su cautiverio, el redomado secuestro en el cenobio de San Estéban, las afrentas del mundo, la prohibicion de predicar á los fieles, el viaje á Francia, el comercio con las gentes de Paris, el método de los estudios, el esfuerzo de los trabajos, le curan de la intuicion sobrenatural, de las inspiraciones súbitas, de los éxtasis ó deliquios y le obligan á un pacto con el mundo. Así explicará la historia en definitiva la doble naturaleza mística y mundana del célebre jesuitismo.

CAPITULO II

FUNDACION DE LA COMPAÑIA DE JESUS

En la trasformacion de su doctrina y de su carácter, Ignacio comenzó á comprender que nada de provecho haria, sino asociándose con fieles y entusiastas compañeros. Ya en España, comenzó á pensar así, resuelto á reunirlos y allegarlos; pero la saña de las persecuciones contrastaron su determinacion. Deshicieronse aquellos gérmenes primitivos en tal manera, que Ignacio desde Paris recomendó á doña Leonor de Mascareñas, señora, como hemos visto, de valimiento, para que pudiesen respirar los dos ó tres cofrades suyos, imposibilitados de seguirle al extranjero, y considerados en el concepto general como adeptos de la idea iluminista, entonces, por todas partes y por todo el mundo perseguida en nuestra opresa España. La Providencia le deparó en Paris lo que no habia podido hallar entre nosotros, cierta libertad de pensamiento, cierto respiro para congregar correligionarios ó discípulos, y un número de estos, corto por su cantidad, pero largo y crecido por sus virtudes y por su ciencia.

Los dos primeros amigos y correligionarios del penitente, los mas fieles á su persona, los mas ardorosos en la profesion de su doctrina, fueron el saboyano Pedro Fabro y el navarro Francisco Javier. Mozos de corazon y de ingenio, la novedad del pensamiento les cautivó la inteligencia, y la vida del santo les rindió el albedrío. Pero Fabro solamente se inscribió por entonces en los proyectos de Ignacio, enajenándose de su propia persona y de su propio pensamiento, para pasar y absorberse, diríamos, en la persona de Ignacio. Fabro, mucho mas instruido que este, tomábale las lecciones con

solicitud, y se las repetía con paciencia. Su celo, su cuidado, sus explicaciones fueron parte á que pudiese, hombre tan rudo, como el capitán vasco, allegar ciencia tan abstrusa como la filosofía escolástica. Maestro Fabro de Ignacio en las ciencias fué discípulo en la disciplina y en el ejemplo. Tocó tanto este al corazón, que resolvió juntar sus estudios y propósitos, con los estudios y propósitos de Ignacio. Fabro, tal se llamaba el primer jesuita.

Ignacio tomólo, cual suelen los médicos tomar á los enfermos en las clínicas, tomólo por objeto de ciencia experimental, y por ende, como blanco del ensayo y experimentación de todas sus observaciones. El método aprendido en las aulas, sirvióle á desarrollar gradualmente y en serio, sus meditaciones prácticas. Enseñóle primero los largos exámenes de conciencia y se los enseñó con su continuo ejemplo. Quedábase admirado el discípulo de ver cómo sabía obrar en todo esto su expertísimo maestro. Las facultades se encontraban á una en suprema concentración; la memoria revolvía hasta las entrañas del pensamiento y del recuerdo; sumergíase con inercia en los hondos abismos del silencio y fijaba los ojos del alma con tal empeño en un punto concreto, que parecía tomar todo su ser un carácter sobrenatural, y convertirse, por virtud de tales interiores esfuerzos, en un juicio abstracto y en una abstracta conciencia sin relaciones de ningún género con la prisión del cuerpo. Siguió á este examen reflexivo y profundo una confesión general, é igualmente maravillosa esta confesión, porque no solo contaba los hechos de bulto y relieve guardados con facilidad suma en los archivos de la memoria, sino que decía y relataba los pensamientos fugaces, los propósitos rudimentarios, los borradores confusos de ideas, los movimientos incipientes del alma, los desarrollos de la vida y de la inteligencia bajo su aspecto moral. Luego, le llevaba todas las semanas á recibir la comunión; y le hacía concentrarse con verdadera concentración reflexiva en el favor concedido por Dios al hombre, pues así como por su encarnación revistió la carne mortal de toda la humanidad para redimirla y regenerarla, por la eucaristía se mezcló y confundió con la carne y con la sangre de cada individuo, y lo transfiguró y divinizó cual se transformara y divinizara él mismo á los ojos de sus apóstoles en las místicas cumbres del Tabor. Acabado esto entró Fabro en las cuatro semanas de los ejercicios piadosos, y pasó su alma por

todos los grados de meditación y de contemplación preceptuados previamente, sintiendo cuanto Ignacio quería que sintiese, tocando cuanto quería que tocase Ignacio en aquellas materializaciones del alma.

Fabro, en cuanto hiciera lo prescrito por Ignacio, y pasara los grados de interior desarrollo y desenvolvimiento ya conocidos, trazó un libro, en cuyas páginas fué reuniendo todas sus impresiones, y demostrando cómo surgía un hombre desconocido y nuevo de la observancia y cumplimiento de aquel meditado plan, conocido con el nombre de espirituales ejercicios. No le imitó Francisco Javier entonces. Inclinado á la doctrina de suyo, admirador del ejemplo que daba su compatriota y amigo, no decidió en aquel momento imitarle y seguirle, dejándolo para otra ocasión, que había de presentarle con el tiempo su buena ó mala estrella. No así Diego Lainez, natural de Almazán. Habiendo estudiado en Alcalá, y desde Alcalá idose á París en demanda de nuevas enseñanzas, traía en los oídos algunos ecos del renombre y santidad de Ignacio. A su entrada en París tropezó con él y en breve tiempo trabaron los dos cariñosa y cordial amistad. Acompañaba en esta excursión á Lainez el mozo é inexperto Salmeron, mas joven que él, pero igualmente inquieto por allegar altos estudios y prácticas religiosas. Entraron ambos en comercio diario con el penitente vascongado y quisieron ambos la iniciación completa en su misteriosa doctrina y en sus complicadas prácticas. Loyola, rigurosísimo en todas sus exigencias, despojólos á uno y á otro de la propia personalidad con su hábil arte en los secuestros y acaparamientos de las almas. El maduro Lainez y el imberbe Salmeron pasaron al par y al tiempo que Fabro por todos los ejercicios espirituales y consiguieron idéntico resultado. Después del examen largo, de la confesión general, de las comuniones semanales, de la cuaresma espiritualista, cuando habían meditado sobre la grandeza de Dios y la debilidad del hombre, tras largas maceraciones y penitencias; cuando habían visto en la contemplación extática el drama todo entero de la vida y muerte de Cristo cual si estuviera sucediendo á sus ojos, consumado el sacrificio de la propia voluntad y del propio pensamiento, admitido la obediencia como pueden admitir los cuerpos inertes el imperio de la fatalidad y de la fuerza, hecho cada cual un cadáver, ya podían todos á una, Fabro, Lainez y Salmeron, componer ese inmenso y

colosal patíbulo de la humana libertad que se llama la Compañía de Jesús.

Estaba, pues, formado el núcleo. La sociedad humana obedece siempre á las mismas leyes y forma los organismos que han de ser seculares é históricos por procedimientos análogos á los procedimientos de la vívida naturaleza. Un solo individuo forja el pensamiento nuevo, que si bien derivado de antiguos pensamientos, ha de tener su propia naturaleza y ha de tomar un sello de aislada individualidad. Su padre ha sido un individuo, y por consecuencia, la primera semilla del pensamiento nuevo es en su esencia también individual. Pero todo pensamiento, que no se difunde y propaga, resulta baldío é inútil en la vida social é histórica. Para difundir un pensamiento, necesitase una asociación. Toda espiritual asociación se parece á la escuela griega y al apostolado cristiano. Como Tales fundó aquella especie de Iglesia filosófica denominada la escuela jónica; y Xenófanes aquel coro conocido en la historia con el nombre de filósofos eleáticos; y Pitágoras aquel colegio sacerdotal dado á las penitencias y á los ayunos que oía los conciertos de los astros y anotaba el número y la medida tanto de las ideas como de las cosas; y Platon aquellos idealistas, los cuales tomaron alas de sus doctrinas para recorrer el etéreo infinito, contemplar la suprema esencia, conocer los sobrenaturales arquetipos; y Aristóteles aquellos peripatéticos tan expertos en el análisis y tan conocedores del mundo real y de sus varios seres; Cristo formó con el primer pescador encontrado en las vías de Galilea y con el primer publicano arrepentido y errante por las calles de Jerusalem, aquella asociación ó escuela conocida con el nombre de apostolado que debía derribar la Roma imperial de su soberbio imperio y traer el reinado de la libertad y de la igualdad sobre nuestro planeta. Pues de igual suerte Ignacio, con aquel saboyano Fabro, con aquel Lainez recién venido de Alcalá, con aquel toledano Salmeron, á los cuales se unieron el palentino Nicolás de Bobadilla y el lusitano Simon Rodriguez, constituyó el primer apostolado de la Sociedad de Jesús.

Escarmentado Ignacio con lo sucedido en España, exigía de todos sus adeptos los estudios necesarios, en títulos académicos sancionados, para predicar con autoridad oficial de cosas morales y teológicas. Maestros en artes y en filosofía llegados al año último de las divinas ciencias, podían formar ya